

El G-8 de Gleneagles: solidaridad versus terrorismo

1. Antecedentes históricos

Ya nos habíamos acostumbrado a ver pasar, sin pena ni gloria, las cumbres mundiales del G-7 o G-8 —Okinawa (2000), Génova (2001), Evian (2003) y otras, que no tuvieron lugar por miedo a los manifestantes violentos—. Sin embargo, la cumbre más reciente del G-8, celebrada en Gleneagles (Escocia), entre el 6 y 8 julio de 2005, ha despertado mayores dosis de esperanza, que algunos llaman un optimismo prudente, porque fue precedida por el foro económico de Davos (2005) y tuvo lugar en el ambiente negro del repugnante ataque terrorista del 7 de julio, en Londres. Desde ambas aproximaciones, la cumbre de Gleneagles ofrece nuevas enseñanzas y ojalá que también esperanzas reales.

Los organizadores del foro económico de Davos de este año pidieron a los 2 500 delegados —la plana mayor del capitalismo— escoger seis temas que, a su juicio, fuesen importantes para reflexionar. Los jefes de Estado, los presidentes de las grandes empresas y los eminentes economistas hicieron la siguiente elección: lucha contra la pobreza (64 por ciento), globalización más equitativa (55 por ciento) y cambio climático (51 por ciento). Siguen en importancia educación (como inversión social), el conflicto del Próximo Oriente (la potencia ocupante y el muro de Cisjordania) y el “buen gobierno”, en el tercer mundo (*ECA* 2005, p. 226). El 17 de enero de 2005, el economista Jeffrey Sachs entregó a Kofi Annan un estudio, preparado por 250 expertos, titulado “Inversión para el desarrollo: un plan práctico para realizar las metas del milenio

2000”, reducir la pobreza (y otras lacras sociales), a la mitad para el año 2015.

En el foro de Davos, cientos de participantes asistieron a una sesión titulada “El G-8 y África, retórica o acción”, presidida por Clinton, Blair, Bill Gates, Lula da Silva, Sachs y los presidentes de Nigeria y Sudáfrica, a quienes se sumaron Schröder y Chirac (por video conferencia) y la estrella del *rock* Bono. Los jefes de Estado desarrollaron el tema central del discurso de Blair, “la guerra a la extrema pobreza”. Sachs recordó que, en 1970, los países ricos se comprometieron a dar el 0.7 por ciento del PIB para ayudar al desarrollo, sin ningún resultado. Ninguna figura importante del gobierno de Bush asistió a este foro.

El primer ministro británico, Tony Blair, se dirigió al nuevo gobierno de Bush, al inaugurar el foro, para pedir que “Estados Unidos se asocie a la lucha contra la pobreza”. Blair afirmó que los desafíos del mundo son interdependientes. Estados Unidos sabe que no puede vencer sola al flagelo del terrorismo y, por ello, debe cooperar en la lucha contra los otros desafíos planetarios. “Si Estados Unidos quiere que el resto del mundo participe en los objetivos que ella se ha fijado, Estados Unidos debe, por su parte, participar en los otros objetivos. Es absurdo tener que escoger entre una acción que se concentre en el terrorismo y otra sobre la pobreza en el mundo. La lucha antiterrorista, la propagación de la democracia y la paz en el Próximo Oriente son objetivos relacionados entre sí y no pueden disociarse de la ayuda a África, presa de la miseria o

de pandemias como el sida y el paludismo o la lucha contra el calentamiento del planeta, generador de catástrofes. Se puede luchar contra el calentamiento climático sin que ello frene el crecimiento económico, gracias al aporte de la ciencia y de la tecnología. ¿Podemos encontrar una acción que nos integre? Creo que sí... Debemos abrir nuestros mercados, reducir nuestras subvenciones, incluso a productos tan controvertidos como el algodón y el azúcar". Las naciones ricas deben ayudar a África "para permitir a los países más pobres del continente realizar reformas comerciales capaces de enriquecerles y no empobrecerles". (*Ibid.*, p. 234).

2. "África es un continente rico. Los africanos somos pobres"

Los numerales 27-28 de la Declaración del Milenio 2000 están dedicados a "las necesidades especiales de África". Un tema que no queda claro para algunos países, en especial para los mismos africanos, es si los derechos humanos tienen un carácter retroactivo. "África acusa de su pobreza a los países ricos ante la Asamblea General de Naciones Unidas". Muchas de sus intervenciones recuerdan la cumbre de El Cairo (abril de 2000). Allí se habló de la globalización mutilada. "África es un continente rico, pero los africanos somos pobres". Algunos mandatarios tuvieron a bien recordar que, en 1888, las potencias europeas se repartieron el continente, un continente muy rico en recursos naturales. Incluso algunas de las últimas guerras se debieron a disputas e intereses de los antiguos países colonizadores.

Estas acusaciones han vuelto a aparecer en la cumbre del milenio y justifican las palabras del Kofi Annan: "En ninguna parte nuestro compromiso es más urgente que en África, donde millones sufren a diario los estragos de la guerra". ¿Dónde comienza y dónde termina la culpabilidad de esta historia africana? Los africanos acusan a los europeos de haber practicado y sembrado una corrupción permanente. África es el ejemplo más claro de lo que queda por hacer en el reino de los derechos humanos y en el campo de las necesidades económicas. (*Entorno económico mundial*, UCA Editores, p. 200).

El 16 de mayo, Nelson Mandela pronunció una conferencia en *Brookings Institution* de Washington, donde recordó que la cumbre del G-8 brindaba una oportunidad histórica a los dirigentes de los países ricos para poner de manifiesto su voluntad política de ayudar a África a alcanzar los objetivos

del desarrollo del milenio, lo menos que espera el pueblo africano. En la agenda de la cumbre figuran temas que interesan a África, como un acuerdo entre los dirigentes del G-8 para duplicar la asistencia a la región, abrir los mercados de los países ricos a las exportaciones africanas y un mayor alivio de la deuda. Según Mandela, la salud y la educación son los dos ámbitos donde la asistencia externa podría ser más eficaz. Subrayó la apremiante necesidad de mayor acceso al tratamiento de "los principales flagelos" de África (sida, paludismo y tuberculosis) y recalzó que, "en definitiva, la libertad nada significa para quien queda a merced de esas enfermedades, que son prevenibles y tratables". Además, destacó la necesidad de promover la educación primaria y secundaria y de revitalizar las universidades africanas, dada la grave escasez de personal altamente calificado, necesario para promover el desarrollo de la región. Mandela subrayó que los africanos deben estar a la altura del desafío para cumplir con el papel que les corresponde (Fondo Monetario Internacional, *Boletín*, 13 de junio de 2005, p. 168).

El *Informe 2005* de la Comisión de África, conformada hace un año por el Tony Blair, afirma que "La pobreza extrema en el mundo está mayormente concentrada en el continente africano, particularmente en los países ubicados al sur del desierto del Sahara". El 60 por ciento de la población africana vive en la pobreza, mientras que un sexto sufre de pobreza crónica, es decir, le resulta imposible escapar de la indigencia por sus propios medios. Los africanos deben trabajar diariamente para poder comer, no tienen educación y sus pertenencias materiales son escasas o nulas. Estas familias, según el informe, son conocidas en Etiopía como "aquellos que cocinan agua", o como dicen en Ghana, "aquellos que tienen dos bolsas, una para suplicar en tiempos de hambre y otra para rogar en la época de abundancia". Los pronósticos son poco alentadores. Se espera que el número de pobres pase de 315 millones, en 1999, a 404 millones, en 2015, cuando, paradójicamente, el mundo espera alcanzar las metas del milenio, entre ellas reducir a la mitad la pobreza en el mundo... Los que aseguran que la ayuda de las naciones más poderosas debe ir más allá de la condonación de la deuda, señalan que los países ricos gastan al año alrededor de 350 mil millones de dólares en subsidios y otras protecciones, es decir, dieciséis veces la ayuda financiera que recibe África anualmente ("África en números", *BBC MUNDO.com*, 6 de julio de 2005).

3. Los compromisos del G-8 “a la sombra del terrorismo”

La ayuda anual del G-8 y de otros donantes a los países pobres, de manera especial a África, se duplica. La ayuda global a los países en desarrollo aumentará en 50 mil millones de dólares para el año 2010 respecto a 2004. De esta suma, 25 mil millones corresponderán a la ayuda a África. Blair enumeró los principales compromisos de la cooperación con África: el aumento de 50 mil millones de dólares en ayuda, nuevos acuerdos comerciales, anulación de la deuda de los países más pobres y el acceso universal al tratamiento contra el sida. A cambio de esta ayuda, los dirigentes africanos se comprometen a una práctica gubernamental más democrática. “Esto no es el fin de la pobreza en África,” dijo Blair, “pero es la esperanza de que se podrá ponerle fin. Todo esto no cambia el mundo de repente; se trata de un comienzo, no del fin”. Y agregó, “la sombra del terrorismo ha dominado nuestra reunión, pero no la eclipsará. El terrorismo busca sembrar la desesperación, la cólera y el odio. Nosotros presentamos hoy este contraste entre la política y el terror”.

Los países europeos del G-8 han tenido que cerrar filas contra la negativa del gobierno de Bush de comprometerse en la lucha contra el recalentamiento del medio ambiente. Estados Unidos es responsable del 20-25 por ciento de dicho recalentamiento. Además, se ha opuesto a la ratificación del protocolo de Kyoto (1997). Esta insolidaridad del gobierno de Bush ya había surgido en la cumbre del G-7 de Génova (2001). Se repitió en la cumbre de la tierra de Johannesburgo (2002). Sin el beneplácito del gobierno de Bush, el G-8 se compromete a actuar sobre el clima, “a fin de comenzar a reducir y, en la medida que la ciencia lo justifique, a frenar e invertir la emisión de gas de efecto invernadero”, reza el documento final. “El cambio climático constituye un grave desafío que, a largo plazo, puede afectar a todos los puntos del globo. Sabemos que el aumento de las necesidades y del consumo de energías fósiles, así como el de otras necesidades humanas, contribuyen en gran parte al aumento de la emisión del gas de efecto invernadero, generador del recalentamiento de la superficie de la tierra”.

Los países del G-8 se comprometen a emprender algunas “medidas innova-

doras” para promover el uso de energías fósiles menos contaminantes. El plan de acción se fija seis objetivos: cambiar la manera de consumir la energía, luchar por un futuro más limpio, promover la investigación y el desarrollo, financiar la transición hacia energías más limpias, controlar los efectos del cambio climático, y luchar contra la explotación ilegal de los bosques. Inglaterra convocará, en el mes de noviembre, a un diálogo entre países industrializados y emergentes sobre el calentamiento ambiental. China e India, emergentes contaminantes, han sido invitados a aplicar las nuevas técnicas de energías limpias, para lo cual contarán con ayuda financiera. De esta manera, se eliminaría una de las “razones” de Bush para no ratificar el protocolo de Kyoto (“que es malo para la economía de Estados Unidos”), ya que solo obliga a reducir las emisiones del gas invernadero a los países industrializados y no a los países grandes emergentes contaminantes, como China e India.

La cumbre del G-8 ha integrado el compromiso para ayudar al crecimiento económico con la necesidad de reforzar el comercio mundial. En ella se hicieron presentes delegados de los cinco grandes países emergentes —China, India, Brasil, África del Sur, México— y los dirigentes de algunos países que podrían salir beneficiados —Argelia, Etiopía, Ghana, Nigeria, Senegal, África del Sur y Tanzania—. Indirectamente, estas presencias son una crítica a la práctica tradicional de las cumbres mundiales de “los invitados de piedra”. El G-8 “se ha comprometido a mejorar la participación de los países en desarrollo y a favorecer un aumento del co-



mercio sur-sur y de la integración regional, que es esencial para promover el crecimiento económico y aumentar los ingresos de los países en desarrollo. En el rublo de la agricultura, estamos resueltos a disminuir de manera significativa los subsidios internos, que generan distorsiones en el intercambio y en el acceso a los mercados. Estamos dispuestos a eliminar todas las formas de subvención de la exportación y a aplicar medidas disciplinarias, en las políticas de exportación, que tengan efectos similares y en un plazo creíble” (“A la sombra del terrorismo, unidad del G-8 sobre ayuda al desarrollo, el clima y el apoyo al crecimiento”, *Le Monde*, 8 de julio de 2005).

Las reflexiones de Paul Wolfowitz, nuevo presidente del Banco Mundial, en “Más acción en África” son curiosas. En efecto, Wolfowitz ha dicho que para reducir la pobreza se necesita activar el comercio, aumentar las ayudas y reducir la deuda. La participación de África en el comercio mundial ha bajado, al pasar de 3.5 por ciento, en 1970, al 1.5 por ciento, en 2005. “Necesitamos más acción. El comercio es absolutamente vital para aumentar el crecimiento que África necesita para alcanzar las metas del milenio. Así que abrir mercados y reducir los subsidios es una parte esencial de la ecuación”. Es importante que el nuevo presidente del Banco Mundial —tal como lo hicieron antes James Wolfensohn y Horst Köhler— critique las políticas de subvención masiva de Estados Unidos y Europa, las cuales distorsionan los precios e imposibilitan que los países africanos puedan competir con ellos (*BBC-Mundo.com*, 7 de julio de 2005).

Se podrá decir, con mucha razón, tal como señalan algunas organizaciones no gubernamentales, que se trata de discursos, de promesas sin fechas fijas, de atrición sin contrición. Ciertamente, hemos sentido y resentido esta sensación, en las cumbres mundiales pasadas. Sin embargo, en esta cumbre hay ciertos datos que se pueden leer como signos de querer realizar cambios reales. Al comenzar la cumbre, un grupo filial de Al Qaeda llevó a cabo, en forma sincronizada, cuatro ataques terroristas, que, una vez más, dejaron víctimas fatales inocentes, trabajadores comunes y corrientes. Se trata de crímenes repugnantes, sin sentido humano o nacionalista. Sin embargo, el G-8 no soltó la toalla. Tal vez por eso, el presidente de Nigeria la mira con más optimismo. “África tenía grandes esperanzas antes de la presente reunión”, dice O. Ubansengo, al subrayar que “los signos positivos con que el G-8 y

el primer ministro Tony Blair van a atacar de manera realista y efectiva los problemas del continente. La reunión de Gleneagles es un gran éxito”.

Además, en esta cumbre se observa una fuerza autocrítica negativa de la globalización, que en Davos fue calificada como no equitativa. “Una economía mundial fuerte es esencial para cada uno de los miembros del G-8 como para el mundo entero... Los problemas persisten, en particular por lo que concierne a los desequilibrios mundiales y a los precios elevados y volátiles del petróleo. Las diferencias en las tasas de crecimiento y en los niveles de ahorro e inversión entre las grandes economías y en bastantes regiones de Europa, de Asia y de América del Norte han agravado los desequilibrios mundiales”. Para mantener el crecimiento, plantearon numerosas medidas concretas, proseguir el saneamiento de las finanzas públicas para aumentar el ahorro nacional de Estados Unidos, aplicar medidas para aumentar la productividad de Canadá, llevar adelante reformas estructurales en Rusia, así como en Europa, para estimular el crecimiento, el empleo y la demanda interna, proseguir con las reformas estructurales y el saneamiento de las finanzas públicas de Japón. La globalización no ha logrado el equilibrio macroeconómico, ni siquiera entre sus mismos padrinos.

Ante el elevado nivel de los precios del petróleo hay que aplicar medidas concretas, como favorecer las economías de energía y animar “a los países productores de petróleo a tomar las medidas necesarias para lograr un clima de inversión suficientemente propicio para sostener un fuerte crecimiento económico mundial” o “tomar las medidas concretas para reducir la volatilidad del mercado (del petróleo) con datos globales, transparentes y adecuados”. También el G-8 ha resaltado la necesidad de reforzar el comercio mundial. “Una conclusión positiva del programa de trabajo de Doha para el desarrollo de la Organización Mundial del Comercio constituye uno de los medios más eficaces para generar el crecimiento económico, crear un potencial de desarrollo y aumentar el nivel de vida en todo el mundo”.

El documento final vuelve a criticar una de las políticas desleales en el reino del comercio internacional: “En el rublo de la agricultura estamos resueltos a disminuir de manera significativa los subsidios internos, que distorsionan el intercambio y dificultan el acceso a los mercados. Estamos determinados a eliminar todas las formas de subvenciones a la exportación y a corregir otras medidas con efectos si-

milares en un tiempo creíble”. Sin embargo, una reciente reunión de la Organización Mundial del Comercio, en China, demuestra que el diálogo para llegar a un acuerdo equitativo, en la aplicación del programa de Doha (Qatar, 2001), no avanza mucho. Si todavía se quieren seguir imponiendo los “temas de Singapur”, junto con otras políticas desleales para los pueblos del tercer mundo, seguirá siendo cierta la tesis de Stiglitz: “la teoría del libre comercio es un fraude intelectual”. La cumbre de la Organización Mundial del Comercio de Hong-Kong (2005) será la piedra de toque del G-8 de Edimburgo, porque está en juego algo más que la economía.

4. El G-8 de Gleneagles: ¿compromiso moral sin caer en el pánico?

Cuando en la mañana del 7 de julio, el “terror” golpeó la capital británica y dejaba un primer balance de 37 muertos y 700 heridos, volvemos a recordar la reflexión de M. Gorbachov: “Las víctimas de los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos no habrán muerto en vano si el mundo aprovecha la ocasión para mirarse en el espejo y reflexionar sobre sí mismo y establecer un compromiso moral, sin caer en el pánico”. Cuatro años más tarde, no es fácil decir que el mundo se ha mirado en el espejo, que ha reflexionado sobre sí mismo y que ha establecido un compromiso moral, sin caer en el pánico. Más bien, el terror y el temor cohabitan.

¿Cuáles han sido las primeras reacciones? En Gleneagles y Londres, Blair dijo: “No nos atemorizarán, no nos intimidarán, no nos vencerán”. Bush afirmó que “la lucha contra el terrorismo se mantiene. Les encontraremos y los llevaremos ante la justicia. La ideología de la esperanza será más fuerte que la ideología del odio. Por un lado, tenemos a unos hombres que quieren poner fin a la pobreza, que quieren un medio ambiente limpio, y por otro, tenemos a hombres que matan a otros hombres”. Chirac consideró que “las grandes naciones del mundo deben continuar el combate contra el terrorismo con una firmeza cada vez mayor y más solidaria”. Schröder manifestó que “la comunidad internacional debe hacer ahora todo por luchar conjuntamente con todos los medios contra el terrorismo. Es evidente que la acción coordinada, cobarde y alevosa tenía como meta la cumbre económica mundial que se celebra simultáneamente en Gleneagles”. Otros jefes de Estado se sumaron a esta masiva condena del “terror” (“Blair: no nos atemori-

zarán, no nos intimidarán, no nos vencerán”, *El Mundo*, Madrid, 7 de julio de 2005).

El 7 de julio se habló mucho del 11 septiembre de 2001, en Nueva York, y del 11 de marzo de 2004, en Madrid. Unos pocos hicieron mención del 3 de septiembre de 2004, en la escuela de Beslan, Rusia. En el silencio de su conciencia, algunos recordaron el 8 de octubre de 2001, en Afganistán, y el 18 de marzo de 2003, en Irak, y se preguntaron por qué dicen que “sólo el terror del norte es obra del terrorismo”. En enero de 2002, el 32º Foro económico mundial de Davos tuvo lugar en Nueva York. Ante los restos calcinados de las torres gemelas se habló de inseguridad, de economía frágil y se dijo que “la globalización de la ira se ha ido acelerando con el rápido crecimiento de las desigualdades sociales”. El ministro francés de Asuntos Exteriores, Hubert Vedrine, comentó: “antes que un mundo estable hay que lograr un mundo justo” (*Entorno económico mundial*, UCA Editores, p. 232).

En el foro social mundial de 2002, reunido en Porto Alegre, Rigoberta Menchú, Premio Nóbel de la Paz, dijo: “Después de los atentados [del 11 septiembre], los temas sociales han sido totalmente dejados a un lado, como si el dolor norteamericano hubiera opacado el dolor de todos los otros pueblos que sufren”. Dado que el discurso de Bush tuvo lugar la víspera del inicio del foro social de Porto Alegre, el documento final comienza con una condena de todos los actos terroristas y de las subsiguientes respuestas también terroristas: “El 11 de septiembre ha producido un cambio radical. Luego de los actos terroristas, que nosotros condenamos como condenamos todos los ataques contra civiles, en cualquier parte del mundo, el gobierno de Estados Unidos y sus aliados han lanzado una operación militar masiva, en nombre de la guerra contra el terrorismo. La guerra terrorista contra Afganistán tiende a extenderse sobre otros frentes. Es el comienzo de una guerra planetaria permanente para consolidar la dominación del gobierno norteamericano y sus aliados” (*Ibid.*, pp. 236-237).

En Gleneagles se dijo que el 11 de septiembre de 2001 dio comienzo al flagelo del terrorismo. Esta afirmación no es cierta e incluso puede ser maliciosamente engañosa. En Davos y en Gleneagles se hace referencia expresa a los compromisos adquiridos en la cumbre del milenio (2000). Kofi Annan dice: “Afrontamos desafíos mundiales que nos obligan a trabajar juntos y si esto es cierto en la esfera económica, lo es aún más ante el desafío

que representan las matanzas y las guerras. El instinto de solidaridad humana —que impulsa a algunos estados a acudir en ayuda de los ciudadanos de otros estados o a presentar cargos contra sus antiguos dictadores— es digno de alabanza. Pero cuando estas acciones las aplican uno o pocos estados, en nombre de su propia autoridad, traen consigo el riesgo de la anarquía mundial”. Una clara alusión a dos tristes historias. En 1998, el gobierno de Estados Unidos arrastró a la OTAN, sin autorización del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, a lanzar la guerra de Serbia-Kosovo. Antes de esa fecha, recuerda Kofi Annan, el Consejo de Seguridad, del cual el delegado de Estados Unidos es miembro permanente, desoyó las repetidas peticiones de Boutros Ghali para enviar tropas de paz (casco azul) y evitar así las matanzas de Bosnia-Herzegovina, Ruanda, Sierra Leona, Timor y la guerra civil de Hutu y Tutsi, en Zaire.

En ese discurso, Kofi Annan toca el urgente tema de la ratificación, por parte de los estados, de los estatutos de la Corte Penal Internacional, “que juzgue a los genocidas que los tribunales nacionales no pueden o no quieren juzgar. El mundo estará más seguro si sabe que Naciones Unidas puede intervenir cuando están amenazados con una destrucción masiva”. Los estatutos de la Corte Penal Internacional han sido ratificados por 94 de los 191 países miembros de Naciones Unidas. “La Corte Penal Internacional no será retroactiva, aplicándose solo a aquellos crímenes (genocidios, crímenes de guerra o de lesa humanidad), cometidos después del 1 de julio de 2002”. Solo cinco países, de los quince miembros del Consejo de Seguridad, han ratificado el estatuto. Tres de los cinco miembros permanentes —Estados Unidos, China y Rusia— no lo han ratificado. El gobierno de Estados Unidos es un adversario declarado de la Corte Penal Internacional, porque teme el riesgo de “una justicia polarizada” contra los militares que prestan servicio en el extranjero (*Ibid.*, pp. 196 y 284).

Hoy, todos los ciudadanos estadounidenses saben que Sadam Husein, un dictador repugnante, no tenía armas de destrucción masiva y, en este sentido, no era una amenaza inmediata para Estados Unidos ni tenía conexiones con la red Al Qaeda. Así lo afirma el informe del ex secretario del Tesoro Paul O’Neil, las declaraciones de David Kay y Charles Duelfer, jefes de los grupos de 1 200 inspectores de Estados Unidos e Inglaterra, en Irak, las primeras declaraciones de los economistas Paul Harris y

Joseph Stiglitz (*ECA* 2005, pp. 227ss.). En su discurso del 16 de marzo, Bush anunció que “Estados Unidos de Norteamérica tienen la autoridad soberana para utilizar la fuerza para proteger su seguridad personal... El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas incumplió sus responsabilidades y, por tanto nosotros vamos a tomar las nuestras”.

En ese momento, Juan Pablo II elevó su voz, “Quien decida que todos los medios pacíficos de los que dispone el derecho internacional se han agotado, tendrá que asumir una grave responsabilidad ante Dios, ante su propia conciencia y ante la historia” (*Ibid.*, p. 270). El 7 de julio, un grupo, autodenominado Organización Al Qaeda de la lucha en Europa, se hizo cargo de los ataques mortíferos de Londres. “Se ha cumplido la venganza contra el gobierno cruzado y sionista británico, en represalia por las masacres que Gran Bretaña cometió en Irak y Afganistán”, sitios en los cuales Londres es el principal aliado de Estados Unidos. “Advertimos también a los gobiernos de Dinamarca e Italia y a todos los demás cruzados que experimentarán la misma suerte, si no retiran sus tropas de Irak y de Afganistán” (“Londres golpeado por una serie de ataques mortíferos en el transporte”, *Le Monde*, 8 de julio de 2005).

Qué difícil es definir el terrorismo, tal como lo evidencia el intento de Naciones Unidas. Al menos podríamos hablar de dos vertientes del gran terrorismo. La vertiente de la pobreza, la deuda externa, las prácticas desleales del comercio internacional y la creciente degradación medioambiental, que retroalimentan la pobreza y la globalización no equitativa. La segunda vertiente es la de los del 11 de septiembre de 2001, del 11 de marzo de 2004, del 7 de julio de 2005, precedidos o acompañados del 8 de octubre de 2001, del 18 de marzo de 2003 y de las matanzas étnicas, a las cuales los cinco gobiernos, miembros permanentes del Consejo de Seguridad, no han prestado atención. Implícitamente, el G-8 ha planteado una tesis humanista, en Gleneagles: la solidaridad internacional para resolver la primera vertiente del terrorismo es la única vía para poner fin a la segunda vertiente. En expresión de Gornachov, los dirigentes del G-8, ¿se han mirado en el espejo, han reflexionado sobre sí mismos y han establecido un compromiso moral, sin caer en el pánico?

F. J. IBISATE
Catedrático del Departamento
de Economía de la UCA